

# LA SOFLAMA.

DIRECCIÓN Y ADMÓN.

Calle del Hospital, núm. 20.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Trimestre 1'50 pts.  
Número suelto 10 céntos.

SEMENARIO POLÍTICO LIBERAL.

AÑO II.

YECLA 8 DE MAYO DE 1892.

Núm. 27.

## LA POLÍTICA DE ESPINOSA.

En los primeros ardores de su juventud sintió este hombre público ansia loca de brillar, en el difícil arte de Roma, y á tan plausible fin consagró toda su actividad pasando días y noches contemplando, ante un espejo, sus ademanes, sus actitudes, sus gestos.....

Ya en disposición de lucir sus facultades artísticas, y cuándo Peral le hubo dado su *exequatur*, hizo el precóz Espinosa su debut en el teatro de Jumilla, actuando de galán joven en «El puño de la espada.»

Del éxito bueno ó malo de esta tentativa no queremos ocuparnos, porque la caridad es virtud muy recomendable, y, hacer otra cosa, sería faltar á ella. Solo diremos que dentro de esa esfera, no fué más feliz que en política, á cuyos puertos arribara en demanda de la gloria que no encontró en el teatro.

¿Y qué hizo en política? Ignorando que la política requiere vocación, y vocación decidida, conocimiento de las ciencias sociales y corazón humano, tacto exquisito y habilidad extraordinaria para el trato de las gentes, mucha consecuencia, mucha formalidad y mucha gratitud, se afilió á uno de los partidos monárquicos, con tan mala fortuna, que, al tiempo que hiciera profesión de fé enseñó la oreja, revelando en todos sus actos y resoluciones tanta estulticia y falta tan grande de sentido comun, que consiguió el triste privilegio de que todo el mundo le compadeciese.

Si al hacer sus primeras armas en política quedó maltrecho y destrozado el Sr. Espinosa, después, y cuando creíamos que la esperiencia que aguza hasta las inteligencias más obtusas, se había dejado sentir de algun modo en ese revelde cerebro, sufrimos una dolorosa decepción. El hombre inepto, torpe, sin sentido, aparecía lo mismo que empezó: sin conciencia de sus actos, sin dar un paso acertado, no cometiéndolo sino disparates tras disparates.

Al cumplirse el vaticinio de ese soldado de fortuna, que busca en el cora-

zón lo que le niega su cabeza, al advenimiento al poder del partido conservador, en Junio del noventa, fecha de triste recordación para los buenos españoles, el Sr. Espinosa que, olvidado de todo el mundo y enmohecido, pasaba la vida tranquilamente en la solariega casa de sus mayores, dedicado á la inocente tarea de producir nuevas *castas*, despertó de su letargo y fijó su mirada en Jumilla y Yecla, principalmente en la capital de su distrito, con el propósito de organizar sus fuerzas y aprestarse á la lucha electoral.

Y efectivamente; tuvo el acierto, con su torpe conducta, de alejar de las filas conservadoras á los que aquí la habían representado hasta entonces; y poco á poco fué aumentando su ejército hasta dejarlo en cuadro, pudiendo asegurar que hoy, que se encuentra en la plenitud de su poderio, no tiene un amigo, uno solo, porque ni Moncada ni Azorin valen, ni significan, ni representan nada, ya como políticos, ya como particulares, ni son capaces de experimentar, remotamente siquiera, esos sentimientos de amistad y de gratitud que caracterizan al hombre y lo levantan sobre el nivel de la bestia, ni son tampoco amigos de Espinosa.

Si este hombre—de algún modo hemos de llamarle—tuviera algun día la malhadada ocurrencia de presentar su candidatura para diputado á Cortes por este distrito, correría un espantoso ridículo. Porque ¿quién había de votar al que, sobre ser incapaz de dejar oír su voz en el Parlamento, no ha hecho otra cosa que desorganizar su partido, proteger y amparar por su torpeza y falta de personal, la espantosa inmoralidad que nos envuelve, y causar tan honda perturbación en este pueblo, que no se tiene memoria de una época tan desdichada y azarosa? Nadie; absolutamente nadie.

Y esto que consignamos aquí, se oye en todas partes y se repite en todos los tonos por todos los políticos sin distinción de matices; de monárquicos ni de republicanos.

Hé aquí la obra del Sr. Espinosa; el resultado de su campaña política: desorganizar un partido que le dan he-

cho y quedarse sin un solo amigo en la capital de su distrito, siendo todavía diputado y gozando de grandes influencias.

¡Perdónalo, Padre mio, que no sabe lo que se hace!

## ECOS.

Ni los sermones de cuaresma les han hecho mella.

Siguen esos señores tan sinvergüenzas como siempre y con los recibicos bajo de siete llaves.

¿A qué no están tan bien custodiados los fondos municipales?

Sr. de Manchego, á Moragón, que dicen otros: V. no ignora que el Moncada y el Azorin le han dado la puntilla; V., no hace muchos días tronaba contra ellos; y sin embargo, V., se cuela en la presidencia del teatro, por la pueril vanidad de que las gentes le crean un prohombre de la situación.

Pero hombre, ¿qué juicio puede merecer el que tales cosas hace y se asocia á la *guilopa*, porque hasta eso se le escapa?

Digánoslo V. francamente, Sr. Manchego.

La empresa del teatro, del pasado año, piensa demandar á Moragón para que pague el abono del palco que disfrutó *impunemente*.

¡Vaya, y con lo que sale ahora la empresa!

La empresa del teatro del presente año se queja amargamente, porque hay funcionarios y ex-funcionarios públicos, que se cuelan sin pagar la entrada.

Rogamos á Moncada y á Moragón que hagan luz en este asunto, porque eso es muy feo.

¡Mecachis, y qué bueno es ser alcalde, ó teniente ó siquiera ranchero! Como que en tener sombra de autoridad, nada más, cualquiera se industria lo que quiere, y se cobran *cuentas* que son incobrables.

Por ejemplo: á mi suegra le inpusieron, hace cuatro años una multa de sesenta pesetas por cuestión de consumos. Llego y después, lo que no esperaba, á teniente alcalde, y cuando ya nadie se acordaba de esta pequeñez, llamo á uno de los arrendatarios que